Epoca IV — Barcelona 23 de junio de 1915 — Número 263

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Carta abierta a Carlos Malato

He leído tu carta recientemente dirigida a Urales. Creí encontrar en ella un buen puñado de razones que clara y lealmente justificaran tu conducta de los últimos tiempos. Pero en lugar de una argumentación sólida y bien fundada que confundiera a tus contradictores, me encontré con una tupida red de calumnias e infamias, escritas por un desesperado que, no hallándose en terreno firme, procura asirse a todo cuanto le venga a las manos. Ni el más feroz de los nacionalistas, ni el más tigrino de los patriotas, a pesar de su intolerancia, a pesar de su ceguedad, han osado todavía maltratar a sus enemigos, cual lo haces tú. Fué preciso que aparecieras al lado de los aliados y de los agentes al servicio de los accionistas de la Fábrica Nacional de Armas de Herstel, que son los mismos de la *Deustsh Waffen und Munitions Fabriken in Berlin,* para tener el valor de afirmar que los anarquistas antiguerristas son *juguete de los clericales*. En mi reducido país, también tiene partidarios de su intervención en la guerra para ayudar a la defensa de la civilización de mostrador, y los gobiernos, cuando los obreros inician cualquier movimiento de reivindicación, al objeto de aniquilarlo o de facilitar el triunfo de los industriales, dicen en su prensa y en sus notas oficiosas, que los trabajadores están vendidos a los monárquicos, y que, por lo mismo, el movimiento no es económico, sino político y encaminado a derribar la república. Es claro que los Gobiernos nunca consiguieron probar semejante calumnia, del mismo modo que tú tampoco pruebas en tu carta, con datos aclaratorios, la razón por qué somos *juguete de los clericales*.

Si los anarquistas, con ser contrarios a la guerra de conquista, que no de civilización, son juguetes en las manos de los clericales, ¿qué calificativo merece tu actitud al colocarte al lado de los industriales y financieros del rey Alberto y del Zar, de las Bolsas de Londres, Petrogrado y Paris? ¿El de mancomunado con esa gente? ¡Sea! aunque yo no quiero hacer una afirmación tan grave, ser un calumniador, un desesperado, aunque pertenezca al número de los que no poseen *valor intelectual, ni concepto realista*. Me basta con tener razón.

No es una novedad para tí que Francia, desde su derrota del 70, que trajo la caída del imperialismo y la subida de la república, se preparaba para su defensa, lo que es justo, y para su desquite, lo que era inevitable; que Inglaterra, herida de lleno en sus intereses por la concurrencia avasalladora del mercado alemán, buscaba el momento del asalto para desbaratarla, arrebatándole todo poderío colonial y debilitándola por una guerra a muerte; que Bélgica, en caso de conflagración, por fuerza debía ser violada; que Rusia, tambien imperial y militarista, autócráta y sanguinaria, ya que estaba aliada con la Francia liberal y tolerante... con sus católicos, entraría en la lucha, más por el interés de las compensaciones territoriales que por amor a la civilización francesa.

Una de las irrefutables pruebas de que esta guerra es de *libertad* es el hecho de la concurrencia colosal entre Inglaterra y Alemania. Este imperio era en 1870, casi exclusivamente agrícola. Después de su impulso gigantesco, con su organización política efectuada desde 1871 a 1880, con su organización industrial desde 1889 a 1893, y con su organización comercial de 1893 a 1900, vino a ser una terrible rival de Inglaterra. En 1870 la gran mayoría de los buques que frecuentaban los puertos alemanes eran ingleses; la flota alemana la componían tan solo 4.519 buques mercantes, casi todos de vela, con 982 355 toneladas, aproximadamente. En 1910 contaba ya con 4 685 vapores con un tonelaje de 2 859,307, que recorrían los mercados donde Inglaterra tenía la supremacía industrial y comercial.

Con su desarrollo, Germania recorre el Egipto, los Estados Unidos, Méjico, Chile, el Uruguay, la Argentina y el Japón. En estos países, desde 1895 a 1908, el comercio alemán pasó de 668.750,000 francos a 1.010.276,000 francos. ¡El aumento inglés, frente a la actividad alemana, quedó reducido a 145.935,000 francos! Al pasar a Europa, el golpe asestado a la industria inglesa fué enorme. En Rusia, por ejemplo, que hoy combate a Alemania por la libertad (sic), las importaciones alemanas aumentaron 100.625,000 francos. En fin, en todas las naciones europeas el comercio y la industria inglesa disminuyeron sensiblemente.

No quiero citar más números. Creo que tú, hijo intelectual de los Diderot, de los Rabelais y de los Voltaire, debes conocer estos datos, debido a los cuales Inglaterra se apresura a desenvainar la espada e ir en socorro de la libertad... de su comercio.

Y no me llames germanófilo, pues no lo soy, como tampoco soy francófilo ni rusófilo.

Estando obligado a saber todo esto, ¿cómo es que en lugar de propaganda revolucionaria y anarquista, no te pusiste un uniforme, recorriendo todos los rincones de Francia para predicar la necesidad de los armamentos, de empréstitos sobre empréstitos, de ampliación de años del servicio militar obligatorio, de la disciplina, del respeto a los superiores gerárquicos, aconsejando resignación y sacrificio? Puesto que se trataba de la *continuación de la Gran Revolución* y de la *realidad de la vida,* ¿por qué descendiste a las clases inferiores a propagarles la rebeldía, el antimilitarismo, el antipatriotismo y la anarquía, hablándoles de libertad y revolución, de esclavos y parásitos, de miseria y opulencia? Con tu propaganda de otros tiempos, ayudaste a crear el ambiente de que hoy buscas apartarte, quizá arrepentido...

Ten paciencia. Yo también me cuento entre los que están contaminados por tu propaganda y la de los otros, y nutro igualmente las filas de los que tú llamas *fanáticos del anarquismo*, que hicieron de Kropotkine un *ídolo*, si bien luego, en tu carta a Urales, nos presentas como emancipados, ¡rompiendo el fanatismo y *derribando los ídolos!*...

Pero hay una falsedad de tu parte. Los anarquistas de España, como los de la América española, como los ingleses, como los de todas partes, exceptuando, claro está, una insignificante minoría, casi inapreciable sino fuera por tu hiperbolismo ensañado, no impidieron, ni podían impedir la libertad de Kropotkine a expresar su pensamiento, ni nosotros tampoco; pero el hecho de haber sido Kropotkine un incontestable propulsor de los ideales anarquistas, el hecho de ser una grandiosa intelectualidad, ¿es suficiente para que abdiquemos de nuestro raciocinio, para que perdamos nuestra independencia de investigadores y de críticos, siguiendo y creyendo todo cuanto nos dicen? Ya ves que nuestro fanatismo no es tan grande, y que *los sacerdotes de nuestra religión* no son tan intolerantes, calumniadores y exasperados como tú. Kropotkine y tú, que entendéis que la revolución económica, para alcanzar la meta de la perfectibilidad humana desde el doble punto de vista económico y político, se consigue más fácilmente participando de la guerra, exaltándola, cantándole hosannas; y nosotros, que no llevamos nuestro pecho, nuestro desespero, hasta el punto de no pasar la vista por los periódicos anarquistas intervencionistas, porque necesitamos acompañar todas las opiniones, cosa que tú no haces, como tolerante, como más perfecto, como realista, como antifanático y antiidólatra, no podemos estar de acuerdo. Es un derecho que nos asiste. ¿Acaso pretendes negarnos la facultad de pensar? Y porque pensamos de otra manera que tú y Kropotkine, apuntándoos la incoherencia, ¿os insultamos? ¿En dónde están los insultos? Creo que no vivimos en la luna; más bien creo que eres tú el lunático.

Bien comprendo que esperas, mediante la derrota alemana, el desmembramiento de aquel imperio, naciendo en su interior la revolución que implante una nueva república; bien comprendo que no quieres el triunfo de la imperialista Alemania en detrimento de la Libertad. Yo tampoco deseo su victoria, como no quiero la victoria de Inglaterra o la de Rusia, sino la victoria del Pueblo únicamente. Una vez victoriosas Inglaterra, Francia y Rusia, ¿desaparecerá el militarismo en Europa? ¡No! yo no soy tan inocente para creerlo. Rusia necesitará fortificarse aun más para defender los territorios conquistados; Inglaterra y Francia harán lo propio, porque de sobra saben que Alemania y Austria no perdonarán la derrota, y aun cuando se implantara la república en estos dos países, ello no impediría las ideas de desquite y desafrenta, del mismo modo que la República en Francia no consiguió impedirlas.

Así, tú harías mejor tarea si en lugar de apelar a la guerra, a la calumnia, a la violencia de lenguaje contra los tuyos, incitaras a los que empuñan las armas para que echaran al invasor; esto es indudable; pero, al mismo tiempo, batir a los invasores internos, a los que explotaban antes, a los causantes de todas las miserias, inclinándolos hacia la revolución y emancipación integral.

Se aprovechaba la circunstancia de estar el pueblo armado para el ajuste de cuentas. Bien se que me vas a decir que eso todavía no da resultado. Pero también sabías que, antes de la guerra, tu propaganda anarquista no haría nacer inmediatamente la Anarquía, y no obstante, la hacías. Siempre daría mejor resultado que los rencores vertidos sobre los anarquistas que permanecen fieles a sus principios, de preferencia a los españoles, con quienes estoy.

Lo que arriba te apunté es nuestra política, ahora, en tiempos de guerra entre Estados, pues en tiempos de paz, nuestra política es la guerra a todos los partidos políticos y a todos los Gobiernos, y cuando estalla cualquier revolución política, nuestro papel no consiste precisamente en colocarnos al lado del partido más liberal, aconsejando al pueblo que se sume a él, sino en encauzar las cosas, en cuanto sea posible, para que resulte una revolución lo más puramente popular; esto es, nos ponemos en oposición a todos los partidos políticos para que sólo tome incremento la acción eminentemente proletaria y libre. Y el hecho de que no podamos hacer triunfar de momento nuestras ideas, no nos obliga a deponer las armas, y a volver la espalda a nuestra propaganda, cambiando de pensar.

Nos ocupamos, pues, de política, al contrario de lo que malévolamente dices. Tu fórmula "no debe decirse *no debemos ser políticos*, sino *no conviene meternos en la pocilga parlamentaria*", es muy interesante. Podías, en tus tiempos de propaganda revolucionaria, haber predicado esa teoría. Los anarquistas concurrirán a las urnas, delegando diputados de otros partidos, puesto que no debían presentar candidatos propios, porque no convenía *meternos* en la *pocilga parlamentaria*...

***

En fin, antes de terminar estas largas líneas, te diré que debes estar satisfecho porque también Italia ha ido a la guerra. Va a defender igualmente la Civilización, la Libertad, la gran Revolución. Quiere el Trentino hasta Bostzen, en el Tirol; Gorivia con Grandisca y Montefalcone; en la provincia de Kusteulandia. Trieste; las islas de Lissa, Lesina y Curzola; quiere Albania: lo quiere todo y cuanto fuere posible.

Ahora bien; los anarquistas de España, "*donde la raza tiene sangre africana*, que no dan *preferencia a los imperios feudales y militares*" y que por eso mismo están en oposición con todas las guerras de conquista y de acuerdos secretamente celebrados; los anarquistas españoles, como los de todo el mundo, que no quieren que Francia e Inglaterra sean *atropelladas y destruidas en provecho del militarismo alemán*, ansían y propagan el término de todos los militarismos, y, por lo tanto, su desenvolvimiento político su Francia, en Inglaterra—donde se amenaza ya con el servicio obligatorio—, y en Rusia, que necesitará aumentar sus efectivos; los anarquistas *fanáticos* de España, a quienes Kropotkin tanto admiró y de quienes tú *desde hace muchos años sospechabas la falta de concepto realista*, aunque los admirases *por su entusiasmo degenerado en fanatismo, porque sin entusiasmo no se puede intentar revolución alguna*, viniendo tú, por consecuencia, con tu admiración, a contribuir al fortalecimiento de la nueva *religión dogmática;* los anarquistas españoles, como los ingleses, franceses, americanos, etc., que están contra la guerra y rechazan tus insinuaciones grotescas e insultantes, y se ríen de tu falta de lógica y de tu desespero al prohijar foribundamente la intervención de los anarquistas en la guerra, no aplauden el modo como Italia y los aliados *defienden* la Democracia, la Civilización, la Libertad, aunque tú digas que ellos favorecen con *su orientación* abominable los deseos de Alemania y de Austria, mientras éstas los acusan de, con sus propósitos de realizar el Congreso del Ferrol, auxiliar los ejércitos aliados, haciendo sus respectivas embajadas presión sobre el Gobierno español para que éste prohibiera aquel acto, lo mismo que hicieron las embajadas de Francia, Rusia, Inglaterra, etc.

Los anarquistas no intervencionistas se conservan en sus antiguos puestos de combate: han dado una prueba de su independencia con no seguir a jefes, pues no los admiten, si bien consideran hombres que, por su saber, tenacidad y esfuerzo, contribuyen grandemente al desarrollo de las ideas anarquistas, pero que, sin embargo, no son infalibles.

Y, para terminar, te diré que te quedes con tus teorías, que nosotros nos quedamos con las nuestras, siempre dispuestos a discutir y leer la evolución de tus oposiciones de última hora.

Si ves que realmente tienes razón, no vaciles en atacarnos con la misma violencia que hasta aquí. Hasta puedes ver de conseguir hacer presión sobre el ministerio francés, el socialista, por ejemplo, para que reprima la prensa antiguerrera y revolucionaria. Quedarás satisfecho con un servicio tan excelente prestado a la Civilización del cañón y a la Libertad del burgués mercantilista.

CLEMENTE VIEIRA SANTOS

(De *Aurora*, de Oporto).

Para los que no han leído el número extraordinario dedicado a la memoria de Anselmo Lorenzo, reproducimos a continuación el artículo «Los Conquistadores del pan», publicado en dicho número. Y lo hacemos para que nadie dude de que el que fué nuestro maestro, fué enemigo de la guerra, sin mixtificación de ninguna clase hasta el último día de su vida, manifestando también que tanto las contradicciones de Kropotkine con sí mismo, como las cartas parangonadas de éste y Bakounine, por él nos fueron facilitadas.

Y nos place hacer constar que Anselmo Lorenzo conservó la lucidez de sus facultades siempre, hasta el punto de que el día antes de morir, por la tarde, hizo los epígrafes de los grabados que ilustran el «Almanaque de Tierra y Libertad para 1915», y redactó una circular de carácter administrativo para la *Revista Obrera* que quería publicar.

Este artículo fué escrito para publicarlo en la prensa burguesa, siendo rechazado en varios periódicos de tendencias liberales.

Dice así:

LOS CONQUISTADORES DEL PAN

La guerra europea ha producido una importante e inesperada escisión en el proletariado emancipador.

De una parte se han presentado quienes, considerando el imperialismo germánico como la amenaza más peligrosa para el ideal, y en atención a los antecedentes revolucionarios y democráticos de Francia y de Inglaterra, prescindiendo de la significación absolutista de Rusia, piensan que los trabajadores deben contribuir directa, moral y materialmente a la destrucción de la soberbia alemana.

Otros, firmes sostenedores de los principios y de las aspiraciones de La Internacional de Trabajadores, mantienen su oposición a la guerra, viendo en la actual el resultado de la dominación del capitalismo, formado sobre el arcaico y aun vigente concepto legal de la propiedad romana, y de los imperialismos en lucha por la hegemonía mundial, y declaran que aceptar la guerra, tomando parte voluntariamente en ella, es claudicar; peor aún, es renegar, con lo que únicamente se consigue favorecer a la burguesía explotadora, fortalecer al Estado tiránico y anular la personalidad proletaria.

En España se tiene noticia de esa escisión por la información de la prensa, que transmite las manifestaciones públicas del proletariado extranjero, especialmente inglés, francés, italiano y portugués, sin que el español, hasta la hora presente, haya dicho una palabra sobre tal asunto, casi reducido al miedo, a la amenaza del hambre y atarcado en la ineficaz faena de arbitrar recursos, de acuerdo con las autoridades, para atenuar la crisis de subsistencias y de trabajo.

Considero esta actitud indigna de la mentalidad y de la pujanza de los trabajadores españoles, manifestada en la prensa obrera y en una serie de actos que, a partir del Congreso obrero de Barcelona de 1870 hasta la fecha, alcanzaron gran importancia histórica, y les excito a que suelten prendas y a que den la cara, como corresponde a quienes han de desempeñar una función progresiva; sobre todo en estos momentos en que tanto preocupa el pro y el contra de la neutralidad.

Téngase en cuenta que el capitalismo, en su existencia actual de trusts monopolizadores y de grandes compañías explotadoras, no vive ya de la explotación directa del obrero, sino del empréstito, del crédito, del agio, de la especulación comercial, de la exportación de productos y de la conquista de mercados, alcanzando ya su más alta expresión en el imperialismo, mónstruo insaciable de conquista y de dominación.

Alemania ha realizado el tipo de Estado militarista: si triunfara en la actual guerra, aumentaría indefinidamente su poder, pero reconózcase que si triunfaran los aliados, no resultaría vencedora la justicia, sino el mal menor, que ha seducido a los anarquistas convertidos en oportunistas, porque la victoria se repartiría entre naciones sin homogeneidad posible, incapaces de constituir cada una por sí un peligro predominante, teniendo además el contrapeso de contraer en sí mayor resistencia popular y mayor fuerza de tradición revolucionaria.

Es evidente que esta guerra es causada por el capitalismo, por los diversos imperialismos más o menos poderosos, por los diferentes partidos militares, por los múltiples intereses sostenidos con las guerras y con la paz armada y por los antagonismos industriales y bancarios. Es indudable que ningún Estado combate con sinceridad por la libertad, por la civilización, por el progreso, y de lo que positivamente se trata es del engrandecimiento capitalista de cada nación, o a lo menos de la defensa mutua de las naciones relativamente débiles ante la monstruosamente predominante; de donde resulta que la acción guerrera de los trabajadores redundaría en su propio daño, porque desharía su obra, anularía su propaganda, desvanecería su rudimentaria organización y hasta les privaría de base racional para toda protesta y rebeldía, ya que por el hecho de sentar plaza de soldados renuncian a sus inmanentes derechos.

No se olvide que los que, en defensa de un Estado, hablan de la guerra como medio de imponer al mundo un ideal de civilización y de paz contra otro de disciplinaria esclavitud, se reservan como grarantía la superioridad industrial y comercial; aspiran, con el predominio político, al económico; quieren la victoria y el imperio para reinar en el mundo desde el mostrador y el escritorio, ostentando como cetro, no una varilla si no un metro de oro; venden civilización, no la regalan, reservándose la consiguiente ganancia; resultando en último término que si en todo contrato de compra venta, el reducido a constante comprador permanece en rutinario estancamiento, el vendedor acumula ganancia sobre ganancia y al fin se enriquece a costa de la clientela.

Expuesto así el asunto, me propongo demostrar que la guerra actual representa el fracaso del Estado, consecuencia de fracasos anteriores, especialmente los sufridos por las clases dominadoras, no directoras, la aristocracia y después la burguesía; que el proletariado se presenta como el elemento salvador y verdaderamente progresivo, sin que el trastorno ocasionado por la guerra tenga más significación que el de incidente molesto y perturbador dominable, ni que las declaraciones retroactivas hechas recientemente por prestigiosos santones tengan más significado que el de síntomas de debilidad cerebral y de casos de morboso pesimismo individual.

A la vista de tanta ruina y desolación, para consuelo y racional esperanza de mis compañeros los trabajadores, deseo divulgar este grandioso pensamiento de Reclus:

"A los conquistadores del pan, es decir, a los hombres de trabajo, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo, se halla entregada la causa del progreso. A ellos tocará introducir al fin el método científico en la aplicación a los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares".

ANSELMO LORENZO